

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.

Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CARLOS DIAZ.

Precios.

En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

SUMARIO.

Recuerdos de Suiza, por Augusto Jeréz Perchet.—
La misión de la mujer, por María de la Concepción Gimeno.—La música de campaña, por C. C.—
Poesías.—Misceláneas.—Pasatiempos.

Recuerdos de Suiza.

LA MUJER SUIZA.

Cuando volví á España, una vez terminado mi viaje á Suiza, me preguntaron algunos amigos;

—¿Qué tal son las mujeres de ese país?

Mi respuesta, poco más ó menos, fué la siguiente:

—En cada pueblo tiene la mujer un *tipo* especial y propio, que á la vez se refiere á la estructura plástica y las condiciones intelectuales y morales; es decir, que comprende su naturaleza bajo el doble aspecto espiritual y físico.

Las mujeres suizas pueden sostener la competencia con las de otros países, sin que al expresarme así, trate de dar á mi opinión el carácter de absoluta.

Prescindo de los detalles que constituyen una ventaja en favor de tal ó cual tipo, y atiendo solo á los rasgos culminantes.

Esos rasgos son tales, que representan un mérito, un adorno, un embellecimiento.

La expresión de sus semblantes armoniza con la manera de ser de sus almas; y si la primera impresión agrada estéticamente hablando, estudiada luego una de esas mujeres, cautiva y seduce, á medida que descubrimos mayor afinidad entre la hermosura de sus facciones y la hermosura de sus sentimientos.

—Aún no has dicho lo bastante; interrumpió uno de los que me habían dirigido la primitiva pregunta. Falta algo.

—¿Algo?

—Sin duda. Falta el retrato de esas mujeres.

—Son (en general) rubias, de ojos azules, de cabellos magníficos. Revelan salud y robustez, y se distinguen, sobre todo, por los admirables colores de su rostro. Una mujer suiza es un deliciosísimo sorbete de mantecado y fresa.

—Pero ese retrato es exclusivo de la mujer del campo.

—No, amigos míos; es el *modelo* de la que vive en las grandes poblaciones, y de la que pasa los años en la aldea y en el *chalet*. Parece que lo pintoresco, y más que lo pintoresco, la limpieza, forman parte de la mujer suiza.

El tipo nacional solo se encuentra en las clases populares y principalmente en los campos. En unos cantones llama la atención del viajero el elegante sombrero de paja, adornado con cintas y flores. En otros, el guarda piés, ancho y corto y la cabellera caída en hermosas trenzas. Aquí aparece la cofia; allí el corsé de terciopelo negro, embellecido con cadenas de plata. En unos cantones subsiste la gorra de gasa y en otros la invasión de las modas modernas va usurpando poco á poco el puesto que antes ocupaban los airosos vestidos de la Helvecia.

—Añade algo más.

—Añadiré que salen solas, lo cual es el mejor elogio de las costumbres de Suiza.

—Ciertamente.

—Y para completar el bosquejo que habeis oído, hablaré del *beso del gato*.

—¿Qué significa?....

—Escuchad:

Un español amigo mio, domiciliado en Suiza desde hace mucho tiempo, me llevó durante mi estancia en el Canton de Berna, á la casa de una familia del país.

Dos días más tarde hice la visita *oficial* y aquella noche, invitado al efecto, asistí á una animada reunión que los dueños de la casa ofrecían á sus contertulios.

Ya tarde, se despidieron varias personas y

entre otras la señorita L. Cuando esta salió yo era el único individuo del sexo masculino que quedaba en los salones.

Al otro día referí á mi amigo los pormenores de la *soirée*,

Al oír que la jóven L. habia marchado sin que yo la acompañara, manifestó profunda contrariedad; y como observase mi extrañeza, no tardó en explicarme la causa de su disgusto, motivado por una falta de etiqueta que cometí inocentemente, pues según la urbanidad, cuando en una reunion nocturna se despide alguna de las señoras, corresponde á uno de los caballeros acompañarla á su domicilio.

Inútil es decir, que aguardé con impaciencia el instante de reparar mi falta.

No tardó en presentarse.

Convidado á otra reunion en la misma casa, vi á la señorita L., y cuando se dispuso á salir, terminada aquella, pedile permiso, que me fué otorgado, para acompañarla.

En el momento de separarnos alargué mi mano á la jóven, pero esta vaciló en tomarla. Parecia que queria decirme algo. Estaba inquieta y como enfadada, y su rostro, al observar mi movimiento precursor de la despedida, tiñóse de carmin.

¿Habré cometido alguna tarpeza? pensé; mas al mismo tiempo respondí negativamente repasando en mi memoria los detalles de nuestra entrevista de aquella noche.

No habia, á mi juicio, falta de mi parte.

—Señorita, dije; estoy á sus pies.

L. tomó la mano que le ofrecí; bajó los ojos y murmurando un *adios* casi imperceptible, entró en su casa.

A la mañana siguiente fui á visitar á mi amigo. Estaba en su gabinete leyendo un periódico.

Tomé asiento á su lado y le referí punto por punto, la escena de la víspera.

—¿Qué ha hecho Vd? me dijo.

—¿Cómo? respondí con inquietud; ¿he cometido una nueva falta?

—Sí señor; y grave, muy grave.

—Esto es demasiado; las costumbres de este país son incomprensibles.

—Vamos despacio. Esa jóven esperaba de Vd. algo más.

—No entiendo: ¿acaso excusé darle amplias explicaciones por mi torpeza de la otra noche?

—Ahí verá Vd. A pesar de tantas protestas la omision primera subsiste, ó mejor aun, ha cambiado de aspecto, aunque revistiéndose de un carácter....

—Acabe Vd.

—No me atrevo á completar la frase. Temería ser imprudente, usando la palabra precisa.

—Está Vd. autorizado.

—Pues bien; la omision á que me refiero es impolítica.

—¡Diablo! ¡Una falta de buena educacion!

—Yo nada he dicho de la educacion.

—Es igua; se adivina.

—Tenga Vd. calma.

—Pero ¿sabré al fin?...

—Todo se reduce á que la señorita L. esperaba que Vd., cumpliendo con la práctica social le hubiera dado un beso; el *beso del gato*.

Hé aquí señores, una de las costumbres de Suiza. Quizá os parezca extraña: pero yo la respeto, como respeto cuanto se refiere á esa nacion viril, ilustrada y digna de aplauso, que comprendiendo toda la significacion de la mujer, la considera acaso mas que ningun otro pueblo.

—Espíciate, dijeron mis amigos.

—Las mujeres suizas, continué, no solo se nos presentan como hermosas esculturas, ni los tesoros de su alma se limitan á la posesion de cierto número de buenas cualidades. Esas cualidades no viven encerradas para encanto del ser que las abriga. Irradian al exterior y llevan sus beneficios á la patria.

Las mujeres suizas trabajan y trabajan mucho. Unas estudian en las universidades: otras se dedican á la enseñanza, ó aprenden artes y oficios, ó se consagran á las labores del campo, ó conducen las barcas á través de los lagos, y todas ponen en juego su actividad inteligente.

Pero aún hay mas. Las mujeres suizas ofrecen un distintivo notable. En caso de guerra tienen un puesto honroso que ocupar, á cuyo fin reciben en las escuelas públicas los necesarios conocimientos de medicina y de química, y los que se refieren á la curacion de enfermos y heridos.

Figuraos el triste espectáculo de un alzamiento nacional para la defensa del país. Las mujeres, inspirándose en la idea de su deber, irian á campaña, poniendo en práctica el sublime lema de Suiza:

«*Uno para todos y todos para uno.*»

AUGUSTO JERÉZ PERCHET.



LA MISION DE LA MUGER.

Todos creen conocer la mision de la muger, todos quieren determinarla y circunscribirla, cual si les fuera dable poderlo hacer.

Los que quieren marcar á la muger su *mision* son egoistas, que se complacen en encerrarla en el estrecho círculo de los deberes exclusivos.

Para la muger no se encierran los deberes en un número prefijado; por el contrario, estos tienen siempre una gran amplitud, segun las distintas situaciones, segun la atmósfera moral que se respira, las circunstancias que rodean y las condiciones que acompañan á la criatura.

Todos los hombres que ponen diques y barreras al desarrollo del entendimiento de la muger bajo el pretexto de una *mision especial*, son egoistas disfrazados.

El hombre ha sido siempre rémora al completo desarrollo de la inteligencia de la muger, el hombre le ha dicho haciendo alarde de un principio de autoridad que él se adjudica: «*de aquí no pasarás.*»

Un hombre estúpido, por mucho que lo sea, es considerado con derechos indisputables para guiar á la muger, corregirla y aconsejarla, exigiendo de esta una obediencia pasiva y ciega.

La justicia y la lógica, que es la moral del entendimiento, no suele acompañar en las leyes que cada *ciudadano* se permite dictar á la compañera de su vida.

A la muger no se le tolera su pasion al estudio, pues desde que la revela descende sobre ella el estigma del ridiculo.

Hay sérios temores acerca del peligro que corre una muger entregada á las ciencias; la opinion pública, que es el eco de las apreciaciones del hombre, opina que el delicado organismo de la muger padece, que se debilita su espíritu, que se oscurece su criterio y que se deseca su corazon.

La generalidad cree que la sávia de la ciencia es para los sentimientos de la muger un narcótico venenoso.

¡Quá insensatéz!

El libar la ciencia nos debilita, el beberla á grandes tragos nos fortalece.

Observad conmigo lo que dice Aime Martin: «Querer reducir las mugeres al gobierno material de la casa y no instruir las sino solo para esto, es olvidar que de la casa de cada

individuo es de donde salen los errores y preocupaciones que rigen el mundo.»

Se ha dicho que una madre que educa bien á sus hijos hace más en provecho de la moral que todos los libros del mundo, pero nadie se ha detenido á pensar que esta educacion no puede darla la muger si no posee un caudal de conocimientos suficiente.

Que la muger tiene el cerebro perfectamente organizado para pensar, es cosa que nadie puede poner en duda; escuchad lo que afirma Mme. de Coicy respecto á esto: «La anatomía más exacta no ha podido observar todavia ninguna diferencia entre la cabeza del hombre y la de la muger. Sus cerebros son enteramente semejantes; ven y oyen por órganos que son enteramente idénticos; las impresiones que reciben se reunen y conservan de la misma manera: las facultades intelectuales parecen moverse por un mismo resorte en uno y en otro, luego no hay diferencia moral é intelectual entre el hombre y la muger.»

Y si esta opinion no os parece bastante desinteresada por ser muger quien la emite, recordad que dice Alfonso Karr: «Las mugeres están naturalmente dotadas mejor que nosotros y saben desde los primeros años más que lo que llegamos á aprender los hombres en todo el curso de nuestra vida; lo único que deben hacer es dejarse guiar por sus instintos, que son seguros y generosos.»

La muger está muy bien organizada para aprender las ciencias experimentales y de observacion; por su paciencia, exquisita sensibilidad y delicadeza de sus órganos es más á propósito que el hombre para ciertos detalles de química, de botánica y de zoología.

La voluntad de la muger es tan fuerte y tan perseverante como la del hombre; si en algunos momentos aparece como vencida, pronto se reacciona, y aparece enérgica y activa cuando más dominada se la creia.

La muger y el hombre deben recibir la misma cultura intelectual y moral.

La educacion debe tener por fin el desenvolvimiento completo y normal del sér moral por la razon y la libertad.

La primera obligacion que deben conocer ambos sexos es la ley del trabajo: la ociosidad es un crimen.

Nada mas triste y perjudicial que la educacion que reciben en nuestro pais las jóvenes de alto rango: solo les son permitidas las cosas fútiles que no molestan el entendimiento y que son un adorno para lucir en sociedad; les ocultan la verdad porque no les hiera su

aridez, y porque la verdad suele ser penosa y severa.

Como la vida de las mujeres opulentas está preparada para la ociosidad, vegetan anticipadamente en un hastío invencible y jamás acude á sus debilitadas inteligencias ninguna idea nueva y provechosa, ningun pensamiento levantado y sublime.

¡Es indispensable que la mujer sea preparada para las ciencias y las artes con objeto de que sea útil á la sociedad!

A la mujer no podeis disputarle sus brillantes facultades para las artes ni su aptitud para las ciencias: en todas las épocas han existido mujeres eminentes, siempre ha habido mujeres que han dado nombre á su siglo.

Dofia Isabel la Católica, discípula aventajada de Beatriz de Galindo, hizo de la lengua de los sábios diplomáticos y escritores la lengua de los cortesanos.

Antonio de Lebrija dedicó en el año 1492 su gramática castellana á las damas de la corte. La escuela compuesta de los vástagos de los principales caballeros, para la educación del principe D. Juan, establece una emulación científica y literaria entre los gentiles-hombres: el palacio real se asemeja á una Universidad.

Las damas sostienen con los caballeros disertaciones académicas y dirigen á los sábios epístolas cicerónicas. Las aulas reciben respetuosas maestras eruditas así como habian recibido alborozadas á profesores cortesanos. Francisca de Nebrija sustituye á su padre en la cátedra de retórica y poética; Lucía de Medrano explica los clásicos latinos en la Universidad de Salamanca; Ana Cerbatin es maestra de lengua latina en Cataluña; Luisa Sigea habla los cinco idiomas más difíciles; Feliciana Morell es graduada de doctora en leyes en Aviñon despues de un exámen riguroso; Isabel de Rosales, colocada en el número de los sutiles escolásticos, sostiene en Roma públicos certámenes; Cristobalina de Alarcón alcanza glorioso renombre en el estudio de letras humanas.

Nada más notable que Hipatia explicando metafísica en la renombrada escuela de Egipto; la hermana de Herscheld descubriendo nuevas constelaciones, y la hija del jurisconsulto Irnerio dando lecciones de derecho civil en la Universidad de Bolonia.

¡Oh, no mutileis el entendimiento de la mujer con torpes diques á sus elevadas aspiraciones!

La mision de cada una es aquella para la cual se siente inclinada.

¡No le impongais á la mujer su mision; que se la imponga ella espontáneamente!

Dadle por brújula una buena educación y no se extraviará: si está civilizada, le bastarán por guia sus tiernos y generosos instintos.

Ilustrada la mujer en la escuela de la razón y el sentimiento, no teneis nada que temer, se basta á sí misma.

MARÍA DE LA CONCEPCION GIMENO.

La música de campaña.

Cada vez que las terribles exigencias de las leyes rígidas y hasta cierto punto bárbaras por que se rige la sociedad obligan al hombre á tomar el hierro para dirimir contiendas; cada vez que los hombres fian la razón de su causa al fuego y al plomo; cada vez que se intenta lavar las manchas de los pueblos con torrentes de sangre; cada vez que el español convertido en máquina mortífera se vé obligado á pasar dias, semanas y meses en el campamento, siente una necesidad de un elemento que endulce su situación, que mitigue los sinsabores anejos á una vida nómada y preñada de peligros y se le vé abrazarse con toda la efusion de que es capaz á la más bella de las artes liberales, á la música, que toma por compañera inseparable.

Obsérvese bien: el español puesto en campaña canta más, muchísimo más que estando en sus quehaceres en tiempo normal. ¿En qué consiste esto? No es menester decirlo.

En todas las guerras anteriores han nacido, al estruendo de los combates infinitas composiciones musicales tan características, de tipos y caracteres tan especiales, que bien podian calificarse de notables. Himnos de género elevadísimo tan entusiastas, que hacian vibrar las fibras todas del corazón; melosas cantinelas dedicadas á las madres, á las esposas ó á las novias; mordaces y sarcásticas canciones llenas de ironía para ridiculizar al enemigo; de todo esto se oía en abundancia en las guerras pasadas. Y de todas estas composiciones ¿quién era el autor? ¿Acaso una de esas lumbreras artísticas cuya fama es universal? No: regularmente aquellas composiciones no reconocen otro autor que un oscuro soldado sin conocimiento casi siempre de los menores rudimentos de la métrica y de la mú-

sica; autor singular que teniendo un gran corazón, con él crea versos y cantables, prescindiendo por completo de la cabeza, que no ha podido ajustar á las exigencias del arte, porque se ha visto privado del estudio necesario para ello.

Hemos de convenir en que esta raza especial de autores músico-poetas, ó se ha extinguido ó no ha dado señal alguna de existencia en la guerra presente; por lo menos en el ejército republicano, que por lo que hace al enemigo no hemos penetrado jamás en él y de consiguiente estamos del todo ignorantes de sus aficiones y de sus costumbres.

No queremos decir con esto que los soldados y los voluntarios de nuestros días permanezcan callados en campaña, no: los soldados y voluntarios de la guerra actual cantan á mas y mejor para distraerse y olvidar los malos ratos que ella les causa. Y á falta de composiciones nuevas y de belleza artística han echado mano de toda suerte de retazos que así se avienen á la letra que les han aplicado como se avendrian los guantes á los piés y los zapatos á las manos.

De todos los cantos mas en boga en los campamentos es sin disputa el mas usado «La Marsellesa.» Esta sublime creacion de Rouget de l' Isle ha obtenido en España el singular privilegio de enardecer de entusiasmo los corazones de los hijos de los mártires de aquella horrible hecatombe llevada á cabo á principios del siglo actual al son de sus embriagadores acordes. Sí, «La Marsellesa» guiaba al ejército invasor, acompañándole en todas sus atrocidades; y bajo el sonido de «La Marsellesa» morian nuestros padres y nuestros abuelos, víctimas de las furias de los franceses; esto no obstante «La Marsellesa» ha sido admitida como un gran elemento de republicanismo y ya parece que sin ella no habria República posible en España. Las circunstancias lo exigen así; no seremos nosotros quienes nos opongamos á la corriente. Arriba la *Marsellesa* y *Allons enfants de la Patrie*....

Otra de las canciones de campaña que están de moda es el himno de Garibaldi, cantado con la misma precision y pureza que lo cantan esos pobres muchachos saboyanos que andan por esos mundos de Dios, recogiendo algunos cuartos con que satisfacer la voracidad pecunaria de algun capataz estúpido que comercia con sus escasas habilidades. El himno de Garibaldi, amen de una carencia total de mérito artístico, tiene como la *Marsellesa* el gran defecto de estrangerismo; sin embargo,

nosotros consideramos el primero preferible á la última, ya que á lo menos no tiene para nosotros el doloroso recuerdo de la guerra de la independencia.

El célebre duo de los Puritanos, adulteradísimo hasta lo sumo, ha dado pié para la cancion mas estraña que se haya oido jamás. La letra que se la ha aplicado forma distintas estrofas, una de las cuales es la siguiente:

Ya no se llaman carlistas
los que van por la montaña,
que se llaman los ladrones
de la libertad de España.

Prescindiendo de la poco recomendab'e pureza literaria que se nota en alguno de estos versos, resulta que cuando se canta el tercero dice así:

que se llaman los ladrones,

cosa á fé que ni siquiera nos parece castellana.

Pero lo ridículo de esta cancion, es el estribillo que le acompaña, el que renunciamos á transcribir por no ofender la delicadeza de nuestros lectores.

Tambien el señor Jurch ha prestado, sin saberlo, materia para una cancion de campaña que es bastante celebrada. Hace la frioleira de unos diez y seis años, el señor Jurch tuvo el acierto de componer un waltz, que si mal no recordamos principiaba por *sol menor*, siendo la primera parte de cornetin, concluyendo con un trio en *sol mayor*, que hacia furor en los bailes de entoldado en los tiempos de los partidos de *Lao* y *Xirivia*. Ahora bien: el trio mencionado se presta mucho para el canto, y de aquí que se le haya aplicado la siguiente letra:

Viva Cárlos sin cabeza,
viva Cabrera sin piés;
vivan todos los carlistas
con el pellejo al revés.

La *Pitita* ha vuelto á resusitar tambien con la guerra presente, pero aplicándole letras distintas de las de la guerra pasada. Hemos podido recoger algunas de las que se cantan ahora. Ahí van:

Aqueixas montanyas las hem d' arrasar
que 'ns privan de veurer la guerra com vá
¡Oidá!

Quins carlins mes pillus los de 'n Barrancot;
cobran dos pesetas y may tenen foch.

¡Oidá!

Dihuen qu'es molt guapo don Martí Miret:
per xó doña Blanca sempre 'l vol propet.

¡Oidá!

Hay algunos otros cantares de menos importancia aun que los citados de los cuales podríamos ocuparnos tambien: empero como no son bastante populares, estimamos preferible omitirlos para no hacernos prolijos. Con todo, con lo dicho nos parece lo bastante para que nuestros lectores vean que Apolo y Marte, por lo menos en la guerra actual, no hacen buenas migas que digamos; y no seria extraño que concluyeran por ir á la greña uno con otro; tal es lo mal aparejados que andan.

C. C.

Á UN CAMPESINO QUE ROBÓ UN NIDO.

¡Ay, deten la osada mano!
no destruyas ese nido
que para el hijo querido
ha labrado un ruseñor;

No le arrebatas su dicha,
no le des ese quebranto,
escucha su triste llanto,
juzga su inmenso dolor...

Apenas hace un instante
yo envidiaba su ventura
al verlo en esta espesura
tan risueño, tan feliz...

De su pecho querencioso
varios acordes lanzaba
y alegremente saltaba
por el florido tapiz.

Yá, míralo como gime,
tú robas en un momento
la causa de su contento,
tú le llenas de inquietud.

Mira como te persigue
con su trino acongojado
mas dulce y mas delicado
que el preludio de un laud.

¿No te conmueve? No llega
á tu pecho endurecido
ese doliente gemido
que tanto me aflje á mí?

¡Ah! conduélete! no quieras
gozarte en su amargo duelo,

vuélvele su tierno hijuelo,
vuéveselo pronto, sí.

Yo te daré un canastillo
de damascos olorosos,
te daré los mas preciosos
capullos de mi rosal;

Te daré. . . cuanto tú quieras...
pero en cambio deja el nido
como estaba suspendido
en las ramas del nogal.

Qué... ¿No me escuchas? Te alejas?
puede, zagal, que algun dia
el pesar con mano fria
desgarre tu corazon.

Puede que tengas un hijo
y el destino despiadado
lo arrebate de tu lado
llenándote de afliccion.

Entonces, abandonando
la solitaria cabaña,
por el prado y la montaña
sin consuelo vagarás.

Y cuando el sentido llanto
resvale por tu megilla
las quejas de esta avecilla
acaso recordarás.

AMPARO GARCIA.

Epigrama de Marcial, núm. 43. Lib. X.

Vitam quæ faciunt beatiorem.

VERSION.

Vé, Marcial festivo,
En palabras pocas,
Lo que puede hacernos
La vida dichosa.—
Caudal heredado,
No el que el afan logra:
Un campo no esteril,
Y casita propia.
Los pleitos, muy lejos:
Rara vez, la toga:
La paz, que hace al alma
Sentirse briosa:
Salud en el cuerpo
Y sencillez sóbria.—
Amigos, á quienes
La igualdad abona:
En mesa sin lujo,
Comida sabrosa:
Nunca ébrias las noches

Pero sin zozobras.
 No el tálamo triste,
 Si el pudor lo exorna.
 Un sueño que breves
 Nos haga las sombras.
 El ser lo que es uno:
 No anhelar mas honras.
 Ni esperar con miedo
 O con ansia loca,
 La que llega á todos
 Postrimera hora.

F. DE B. P.

MIS AMORES.

¿Siempre la libertad? ¿Siempre la guerra?
 ¿Siempre de los recuerdos que la historia
 En sus brillantes páginas encierra,
 La fama sin igual, la eterna gloria,
 Que asombro son de la espantada tierra?
 ¿Nunca del bardo el cántico sublime
 Dedicado ha de ser á sus dolores?
 Cuando su pecho atribulado gime,
 Cuando víctima triste del quebranto,
 Se contempla vendido en sus amores,
 Cuando solo sus ojos tienen llanto,
 Tristeza el corazon y duelo y luto;
 A su amargo pesar, á su tormento,
 ¿No ha de dar de una lágrima el tributo?
 ¿Jamás ha de poder llorar en calma,
 Entregado á su loco sentimiento,
 Ni arrancar de su cítara un acento,
 Para cantar las penas de su aima?

¡Una muger al fin!... Traicion infame
 Hizo á mi amor; mas tengo la esperanza
 De que la voz de su conciencia clame,
 Para darme cumplida la venganza.
 ¡La venganza!.... ¿Estoy loco?... No la quiero:
 Es indigna de un alma cual la mia:
 Un corazon valiente y altanero
 Desprecia las infamias, y primero
 Que villano vengarse, moriria.

Todo pasó.... ¡Pasó!.... Mis ilusiones,
 Como las blancas nubes de verano
 Se deshacen del cielo en las regiones
 Del rudo vendabal al soplo insano,
 Para nunca tornar se deshicieron:
 Muertas mis esperanzas, muerto el mundo,
 De su llanto al través, mis ojos vieron,
 Cuando vendido fué mi amor profundo:
 Y hasta en el alto cielo parecia,
 Que lloraban encima de las nubes
 La muerte del amor del alma mia,
 Rotas sus áureas arpas, los quer

Ya no existe mi amor; si me lamento,
 Es porque de la ofensa la memoria
 En mi cráneo latir airada siento;
 Y es que aspiro al renombre y á la gloria,
 Y en mi pecho se alienta el noble orgullo
 Del que oye.... lejano.... muy lejano
 De laureles y palmas el arrullo.

Oye, Señor, mis súplicas: encierra
 Mi corazon torrentes de amargura;
 Mas no guarda una gota de veneno,
 Para turbar de nadie la ventura.
 Dála tu bendicion sobre la tierra;
 Que permanezca siempre al mal ageno
 Su espiritu feliz; que solo flores
 Y perfumes encuentre en su camino;
 Que la prodiguen otros sus amores,
 Y que nunca la engañen; y que luego,
 Cuando al besar su rostro peregrino,
 Con sus labios la muerte apague el fuego
 Que la existencia dá, que muera en calma,
 Que su cadáver se convierta en rosas,
 Y en un ángel purísimo su alma.
 Yo entretanto, Señor, en tí confio;
 Tu calmarás las penas dolorosas
 El amargo pesar del pecho mío:
 Haz de mí lo que quieras, soy cristiano:
 Abreme tú mi senda con tu mano.

EDUARDO RUIZ Y GARCIA.

DELIRIOS ERÓTICO-POLÍTICOS.

Niña, niña, yo estoy loco
 De amor y filosofía,
 Y sí te place, alma mia,
 Filosofemos un poco.

Yo te quiero y te he querido,
 Y entre la nieve y la escarcha
 Me abrasó este amor que marcha
En progreso indefinido.

Siempre mí fé pagó pechos
 A tu hermosura; mas hoy,
 Reina tirana, *te voy*
A reclamar mis derechos.

No desprecies los suspiros
 Que tu clemencia demandan,
 Pues ya los amores *andan*
En mi corazon á tiros.

Porque de fechas á fechas
 Hay grandísima distancia,
 Y ya en España y en Francia
 Pasó el tiempo de... las flechas.

Amame, muger querida,
 Y no me des un mal pago,

Porque entonces á fé que *hago*
Dimision... sí... de la vida.

Desde que te ví, mi estrella,
En moroso arrebató
Exclamé: *soy candidato*
A la mano de esa bella.

¡Oh Dios, que rostro, que talle!
Eres mi cielo, mi eden!
¿Riva es tengo?... Pues bien.
Qué salgan pronto á la calle!

Mas no, muger celestial,
Yo estoy de tí satisfecho;
Tú me darás en tu pecho:
La silla ministerial.

Verás como me confiesas
Que tengo esperiencia y tacto:
Verás como cumplo *el pacto*
Y las antiguas promesas.

Y verás como es eterno
El amor que á mí me abraza
Si en dulce union en la casa
Tú reinas y yó gobierno.

M. F. R.

MISCELÁNEAS.

Damos las gracias mas espresivas á nuestro apreciable colega local, *El Ramillete*, por el galante anuncio que hace de nuestra publicacion, en su portada.

¿Podrá saberse el porqué la Diputacion Provincial, no ha espedido Diplomas ni dado los premios en efectivo, que adjudicó *in illo tempore* á los que presentaron cuadros en el certamen pictórico?...

Bajo la direccion de nuestro querido amigo el ilustrado profesor en Medicina y Cirujía señor D. Enrique Vasconi, se ha abierto la tercera casa de Socorro en esta capital.

Acertada ha sido la eleccion de la municipalidad en este nombramiento, por el que damos la enhorabuena al favorecido, que con su inteligencia, laboriosidad y profundos conocimientos, prestará sin duda utilísimos servicios,

Y á propósito de esto no podemos menos de suplicar á nuestras amigas y suscriptoras, que poseidas en ardiente caridad envíen á la redaccion de este periódico y con destino á aquel establecimiento benéfico, algunos paquetes de hilas por lo que les damos con antelacion las gracias mas espresivas.

Sabemos que varias lindísimas señoritas de esta Capital, han dado en estas últimas noches, en el Paseo, las gracias *sotto voce* al galante y bizarro general Pavia, por su disposicion de que toque la música en aquel sitio, llevando así una concurrencia no acostumbrada.

Nosotros creemos interpretar este sentimiento de nuestras bellas, espresando desde las columnas de nuestro periódico, que desde la llegada de este general está la poblacion de enhorabuena, pues su presencia ha llevado la calma y la tranquilidad á todos los ánimos de donde hace tiempo se habian alejado, y la Redaccion de este periódico protesta de que puede hablar en este sentido, pues, aunque no está compuesta de hombres políticos, lo está ciertamente de amantes del orden y de su patria.

El artículo *La música de campaña* lo tomamos de nuestro ilustrado colega *La España Musical*, competente periódico en el sublime arte.

PASATIEMPOS.

CHARADA.

Prima, segunda y tercera
son letras del alfabeto;
la *cuarta*, caro lector,
encontrarás en un verbo;
y en la *quinta*, no hace mucho
encerraba yo mi cuerpo,
Y mi *todo* es una série
de letras, en donde pienso
que hallarás *prima y segunda*
con la *tercia*.—Tuyo

Ego.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

Para novelas C. F.;
C. D. para no hacer nada;
Para hacer lo mismo *yo*;
Y para hermosa mi PACA.

CÓRDOBA:

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azónálcas, 4.